

GoyP/1846

José Agustín Goytisolo

manifestava al nostre diari que «J. V. Foix va ser el primer poeta que vaig conèixer. Quan jo tenia cinc o sis anys, un dia, a la plaça de Sarrià, algú em va dir: "Aquell senyor és Foix, el poeta". Però, sobretot, hem tingut una relació molt estreta i malgrat que tots sabem que ningú no és immortal, costa d'acceptar la seva mort, perquè em pensava que viuria cent anys. Justament abans d'ahir va sortir en la col·lecció "Marca Hispànica" una antologia bilingüe amb traducció de Juan Ramón Masoliver: "Bien lo sabéis y es profecía", és a dir, "Tots ho sabeu i és profecía". Estic desolat perquè, per mi, J. V. Foix era el millor poeta català, i el millor de tota la Península, una mescla de poeta medieval i avantguardista, una mescla esplendorosa».

Diario 16/30 de enero-87

Foix de Sarrià GoyP/1847

José Agustín Goytisolo

HOY me pongo ligeramente serio, me ciño las sienes con una corona de hojas de vid, me envuelvo en un manto de púrpura y calzo altísimos coturnos, pues escribo sobre el más brillante, singular e insólito poeta que ha producido la lengua catalana desde Ausias March hasta aquí, de momento, ya que la continuación no se ve nada clara. Con Franco escribían mejor, dijo un incorriente el otro día.

Ya expliqué, no sé dónde, que mis vinculaciones con Foix y su mundo fueron muy anteriores a mis lecturas adolescentes de su obra. Me explico: él tenía dos pastelerías en la villa de Sarrià, que eran, con sus escaparates llenos de pasteles, bombones y caramelos, tan excitantes para mis cinco y seis y ocho años como «*El jardín de las delicias*», de *El Bosco*. Yo vivía en el contiguo barrio de Tres Torres, y así que tenía una peseta me iba directo a una de sus dos tiendas. El nombre de Foix representaba para mí el mundo de todos los placeres que a esa edad convergen en la gula más desenfrenada. Detrás de los cristales, podía verle, siempre con la piel como recién tostada por el sol, impartiendo secretas órdenes a las empleadas silenciosas.

Lo del moreno tostado lo descubrí el día que le encontra-

mos en el Port de la Selva, sentado en la terraza de un bar —zapatos, pantalón, camisa, chaqueta y sombrero de un blanco perfecto—. Veraneaba en el Port de la Selva desde siempre, y mi familia en el Port de Llansà. Mis padres le saludaron y él me dio un caramelo bastante pequeño, por cierto, pero me hizo muy feliz pensar que me había reconocido.

Los años pasan rápido y ya estaba yo de aprendiz de escritor cuando leí sus libros. Qué barbaridad, pensé, a este hombre le queda pequeño el país y el planeta. Su lenguaje poético lleno de elementos sorprendentes que él utiliza para conseguir los más extraños resultados, contrasta con una especie de malicia o pudor que le hace esconder su personalidad privada de ciudadano que paga contribuciones y arbitrios detrás de una fulgurante e inventada personalidad de creador, que adorna con escepticismo y burla, presentando un talante enfurruñado e infantil.

Foix era medieval en la preparación y manejo de sus poemas: el Diablo, Dios y la Virgen salen por ahí, de un modo más pagano que un aquellarre, en poemas llenos de recursos que Foix aprendió de los futuristas italianos y de los surrealistas franceses, amén de sus lecturas de poetas provenzales,

prerrenacentistas y clásicos, hasta llegar a *Ezra Pound*. Todo ese guiso de cinco tenedores de verdad, lo aderezaba al fin, y antes de servirlo, con una pizca de desconfianza irónica tan propia de la mediana burguesía de la Villa de Sarrià, de la vieja menestralía de los hombres de mar de uno y otro lado del cabo de Creus, lugar de la costa del Alto Ampurdán en la que está su casa del Port de la Selva.

Y así, desde su «*Sol, i de dol*» («*Solo, y de luto*»), que escribió en 1936 y no publicó hasta 1947, hasta sus «*Obres poètiques*» (1964) y más que siguieron, y desde su primera prosa de creación a su «*Diari*», este hombre tieso y elegante, que tranquilamente a los más de noventa años seguía ordenando papeles, escribiendo y vigilando la marcha de sus dos pastelerías de Sarrià, de la literatura catalana en general y de la suya en particular.

Lo he decidido: Iré a la plaza Mayor y, como siempre, me compraré caramelos de miel en una de sus pastelerías, descenderé hasta la calle de Setantí, treparé por las escaleras de su casa, tocaré el timbre y me abrirán la puerta. Pero Foix no me hará pasar y sentarme, y ya no hablará de lo que sea, y no volverá otra vez la absoluta fascinación.